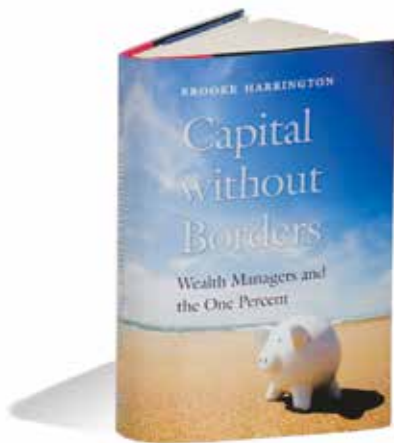


Controlar a los gestores



Brooke Harrington

Capital without Borders Wealth Managers and the One Percent

Harvard University Press, Cambridge,
Massachusetts, 2016, 358 págs.,
USD 22,95 (tela).

El exitoso autor John Grisham es famoso por la minuciosa investigación que realiza antes de escribir una novela. La socióloga Brooke Harrington, autora de *Capital without Borders* (“Capitales sin fronteras”), fue un paso más allá y recurrió a la etnografía para tratar de entender a los gestores patrimoniales que, según ella, ayudaron a crear la enorme desigualdad de riqueza de hoy día. Ocho años de investigación, en los que acumuló experiencia en gestión patrimonial y entrevistó a 65 gestores patrimoniales en 18 países, le permitieron correr el velo de esta profesión.

El origen de la profesión data de la Edad Media, cuando los hacendados transferían sus activos a un fideicomiso cuando se ausentaban para cumplir el servicio militar. El reconocimiento de los fideicomisarios como profesionales comenzó en el siglo XIX. En estos últimos 20 a 25 años, proteger el patrimonio del gravamen y otras autoridades reguladoras se ha vuelto un negocio mundial, que exige la coordinación entre bancos, abogados y contadores. Según Harrington, este cambio exige un nuevo tipo de especialización al servicio de capitales y

clientes transnacionales e hipermóviles. Fundada en 1991, la organización STEP (Society of Trust and Estate Practitioners), cuenta con 20.000 expertos en la materia.

Harrington ve a los gestores como innovadores que han ideado tácticas y técnicas que ayudan a sus clientes a aprovechar las lagunas legales y normas contradictorias en las transacciones internacionales (arbitraje regulatorio) a fin de minimizar el pago de impuestos, proteger los activos ante acreedores o ex cónyuges y transferir patrimonios a futuras generaciones. El uso de centros financieros *offshore*, que albergan billones de dólares en patrimonios privados y empresariales, se ha vuelto un componente esencial de los planes de gestión patrimonial de empresas y personas. Los gestores colocan cada activo en la jurisdicción más favorable para los intereses del cliente y dispersan los activos al máximo. Algunos incluso elaboran proyectos de leyes en nombre de gobiernos extranjeros para que atraigan más inversión extranjera, y se burlan de Bill Gates por no haber constituido Microsoft en el exterior.

Según la autora, si bien esta profesión tiende a considerar la elusión fiscal como una forma de autodefensa contra la autoridad excesiva del gobierno, la inmensa mayoría de los gestores patrimoniales evitan el delito a toda costa. Pero eso no les impide adoptar estrategias que, aunque legales, son socialmente destructivas. “Es un juego del ratón y el gato con las autoridades tributarias de todo el mundo”, asevera un gestor.

Harrington señala dos prácticas de los gestores patrimoniales que exacerbaban la desigualdad: mantener el patrimonio de las familias por generaciones y facilitar la elusión de impuestos y deudas. La riqueza dinástica perdura gracias a la intervención de estos profesionales y representa el 0,7% de la población mundial que posee el 41% de la riqueza mundial. La habilidad de los gestores para utilizar fideicomisos y otras estructuras también ha hecho que al público ya no le llame tanto la

atención esta extrema concentración del poder económico.

Sin embargo, la autora asevera que sobre el mundo de los ultra ricos se ciernen oscuros nubarrones. En abril de 2009, los líderes del G-20 (las principales economías industriales) tomaron medidas para acabar con la era del secreto bancario. Esta iniciativa mejoró la capacidad de los países para abordar la elusión fiscal a través de los centros financieros *offshore* y el secreto bancario. Todos los centros financieros se comprometieron a cumplir las normas internacionales de transparencia fiscal para no correr el riesgo de ser designados jurisdicciones no cooperadoras. El intercambio automático de información deberá comenzar a más tardar en 2018. Los países también deben aportar información sobre los usufructuarios finales.

Pero el secreto y la opacidad de las finanzas distan mucho de estar muertos, escribe Harrington. Nuevas limitaciones darán lugar a innovaciones financiero-legales, o “cumplimiento creativo”, a medida que los gestores patrimoniales adapten sus servicios para ajustarse a la ley. Harrington por último sugiere que la atención debe enfocarse no tanto en los ricos que desean ocultar sus activos sino en los profesionales que lo hacen. “La meta debería ser alentar a los gestores patrimoniales a aplicar sus conocimientos jurídicos, organizacionales y financieros de forma menos dañina, o incluso provechosa, para los estados y la sociedad”, dice.

Además de útil para autoridades e inspectores de Hacienda, el libro también es oportuno: el caso de los *Panama Papers* —la filtración de documentos de la empresa panameña de abogados y servicios empresariales Mossack Fonseca— indujo al G-20 a mejorar la transparencia y el intercambio de información para detener la evasión y elusión fiscal en los centros financieros *offshore*.

Kiyoshi Nakayama

Asesor

Departamento de Finanzas
Públicas del FMI